

Dicenda. Estudios de lengua y literatura españolas

ISSN-e 1988-2556

 EDICIONES
COMPLUTENSE

<http://dx.doi.org/10.5209/dice.91641>

Teruel, José y López Ríos, Santiago (eds.), *El valor de las cartas en el tiempo. Sobre epistolarios inéditos en la cultura española desde 1936*, Madrid, Iberoamericana Vervuert (Colección La Casa de la Riqueza), 2023, 388 pp., ISBN: 978-84-9192-366-4, 978-3-96869-463-4

Decía Dámaso Alonso, al comentar unas cartas del siglo xvii que «a veces la casualidad nos ha conservado una de esas cartas sin importancia. Y en ellas se nos abre una vislumbre fría hacia los soles de aquellos minutos remotos». La producción damasiana es, en ese sentido, un buen ejemplo de una idea que nos parece cada vez más lejana: la de aquel filólogo erudito, implicado hasta la médula en su investigación, y capaz de crear un cisma en las letras por una pequeña disidencia filológica. Y Dámaso nos recuerda también una de las grandes lecciones que el libro que aquí reseñamos, *El valor de las cartas en el tiempo* (2023), ha querido poner en valor: la importancia de la vinculación emocional del investigador con su objeto de estudio.

Editada por los profesores José Teruel y Santiago López-Ríos, *El valor de las cartas en el tiempo* es una obra de casi cuatrocientas páginas que reúne quince artículos científicos sobre escritores y cartas a partir de 1936. Aunque el libro se nos revela como una obra de referencia en el campo de los epistolarios inéditos, es decir, como un compendio bien cohesionado al que el investigador puede acercarse para obtener información general sobre el estudio de la correspondencia inédita, no deja de resultar curioso cómo ningún artículo pierde la autenticidad de la voz propia de su autor, lo que constata aquello que hemos dicho arriba: las cartas nos ayudan a cultivar esa sensibilidad que muchas veces la vida académica no nos permite. En ese sentido, como comentan los editores en la introducción, el volumen que tenemos entre manos también pretende arrojar luz sobre la labor del investigador en el estudio de los epistolarios, cuya tarea va más allá de un simple acopio o de una esmerada transcripción, porque investigar sobre las cartas inéditas de nuestro siglo xx es también, como comentan los encargados de la edición: «descodificar la compleja deixis de la intimidad» (p. 16).

Es todo un acierto haber colocado en primer lugar el artículo de la escritora y profesora puertorriqueña Luce López-Baralt, pues permite al lector adentrarse en el tono o estilo que han querido reflejar los editores del volumen. Desde la gozosa intimidad de su matrimonio con el recientemente fallecido Arturo Echevarría Ferrari, López-Baralt nos va narrando, a la vez que comenta sus cartas con Jorge Guillén, cómo fue la amistad que forjó con el escritor vallisoletano. Es ciertamente emotivo poder adentrarse en las palabras de Guillén a través de la propia persona con la que se carteó, y observar cómo se refleja en las cartas la capacidad guilleniana de abordar epistolariamente desde lo más académico, como el interés que muestra en los trabajos que va publicando la escritora, hasta lo más personal, como en las conversaciones sobre la felicidad de sus respectivos matrimonios, hecho que hace que la propia López-Baralt llame a Guillén, junto con san Juan, «los únicos poetas felices de las letras españolas» (p. 32).

Le sigue al artículo de la escritora de Puerto Rico, un excelente ensayo del profesor Javier Huerta Calvo, especialista en la figura de Leopoldo Panero, poeta tan querido en la posguerra como olvidado y despreciado en la actualidad. En este estudio, Huerta Calvo se limita a lo que denomina «epistolario inglés» de Leopoldo Panero, es decir, el que atañe a sus estancias en el Reino Unido, donde tuvieron lugar experiencias que marcaron su talento y su producción literaria, como recibir a Miguel de Unamuno para que fuese investido doctor *honoris causa* en Oxford o conocer a T.S. Eliot. Se trata de un epistolario imprescindible para ensanchar los límites de la generación del 36, y que pone de relieve no solo la vocación internacional de Panero, sino también su labor de apertura hacia Europa que permitió que se leyesen en España en la inmediata posguerra textos de Shelley o Keats. La correspondencia de Panero es importante, ya que nos permite vislumbrar cierto talante liberal que, por su repentina muerte, no pudo expresar públicamente.

Tras el artículo sobre Leopoldo Panero, la obra continúa con otro de los grandes epistolarios del siglo xx: el de Dámaso Alonso. Su autor, el profesor de la UAM José Antonio Llera, se sirve de las cartas y la documentación del archivo de Alonso, conservado en la Biblioteca de la Real Academia Española, para trazar una imagen del escritor del veintisiete menos maniquea y más acorde a la realidad, como pone de relieve la frase extraída de una carta a Guillén que el investigador coloca al principio del artículo: «En lo internacional resulto un fachista asqueroso, y en lo nacional un rojo indeseable. ¡Está uno divertido!» (p. 91). Más allá de la política, el artículo da testimonio también del ambiente literario y de las polémicas de los años cuarenta, tan fecundos para la producción damasiana, a través del intercambio de cartas sobre literatura con escritores como Vicente Gaos, Vicente Aleixandre o Blas de Otero. Mención aparte merece la correspondencia con León Felipe y Emilio Prados por las opiniones que allí se vierten sobre literatura y por la emoción de leer frases como la siguiente: «Me gustaría que estuviéramos tan unidos todos, como cuando empezamos a escribir o a vivir si quieres...» (p. 108).

En el siguiente artículo del libro, los investigadores Julio E. Checa Puerta y Alba Gómez García de la Universidad Carlos III de Madrid se centran en analizar una carta que el empresario y editor Gregorio Martínez Sierra envía desde el exilio. Es oportuno que los autores del ensayo hayan colocado un epígrafe inicial que denominan «estado de la cuestión», ya que la carta no solo resulta interesante por su contenido, sino que también nos pone en alerta de lo arriesgado que puede ser estudiar los epistolarios sin tener el contexto adecuado. No deja de ser curioso para el lector acercarse a este documento histórico de Martínez Sierra y vislumbrar cómo una carta que en un primer momento pudiese parecer privada –los destinatarios son sus hijos– está impregnada de los esquemas epistolares propios de un documento de carácter público con el que Martínez Sierra trataba de dar a conocer su postura con respecto al Régimen.

Continuamos reseñando este volumen con el artículo del profesor Domingo Ródenas de Moya sobre el epistolario del exilio de Guillermo de Torre. El ingente epistolario del escritor, que abarca más de 786 correspondencias, contribuye enormemente a la reconstrucción de los proyectos culturales y editoriales del exilio, como manifiestan sus cartas con Américo Castro, Max Aub, Rosa Chacel o María Zambrano. Interesantísimas son las cartas de esta última, como la enviada el 2 de febrero de 1965 en la que la escritora se reconoce «discípula de Ortega, que lo reconoceré siempre y siempre lo diré, lo sabe, y creo que sabrá también que no soy *orteguiana*» (p. 141). Este epistolario y, en concreto, la contribución de Ródenas de Moya no solo nos acerca a las redes culturales del exilio, sino que permite al investigador aproximarse al intercambio entre el interior y el exterior, como supone el estudio de la correspondencia de Torre con Dionisio Ridruejo, José Luis López Aranguren, Pedro Laín Entralgo o, especialmente, las cartas de Julián Marías.

También sobre Guillermo de Torre, pero esta vez como correspondiente de la escritora Ángela Figuera, versa el siguiente artículo del libro, escrito por la investigadora Raquel Fernández Menéndez, de la Universidad de Alcalá. Resultan verdaderamente atrayentes las cartas que Figuera le envió a Torre mandándole poemas de sus libros, donde se puede ver la conflictiva posición de la escritora en cuanto a la situación de la mujer en España; mientras que, por un lado, denuncia que «En España la mujer es un trapo», por otro lado, alude a que «no me van ni me gustan nada los lloriqueos feministas» (p. 159).

Sobre las escritoras Consuelo Berges y Eloína Ruiz nos habla la investigadora Carmen de la Guardia Herrero en el siguiente artículo del libro. Es especialmente interesante este artículo –ligado en gran parte al anterior– porque su autora no solo pretende ofrecernos una visión panorámica sobre el epistolario y sobre el valor de la correspondencia femenina, sino que, además, plantea inteligentemente una reflexión filosófica sobre el carácter identitario de la práctica epistolar. Tras trazar un breve recorrido biográfico de las autoras, Carmen de la Guardia divide el artículo –en consonancia con el título que le ha puesto al mismo, «La metamorfosis de Eloína»,– en dos partes, atendiendo a los cambios de nombres de la autora, lo que pretende poner sobre la mesa cómo es posible –e incluso necesario– hablar de *identidad* o *identidades* a través de los epistolarios.

Sigue *El valor de las cartas en el tiempo* con el artículo de la investigadora Ximena Venturini de la USA. En este ensayo, se nos habla del escritor Francisco Ayala y de su correspondencia con los escritores Eduardo Mallea y Francisco Romero, miembros del Grupo Sur de Argentina. Después de la lectura de las cartas seleccionadas por Venturini y de sus oportunos comentarios a las mismas, el lector obtiene una imagen mucho más compleja –y por lo tanto más interesante– del escritor Francisco Ayala. Además, no hay que pasar por alto que estas cartas nos ofrecen una nítida cartografía del esfuerzo e influjo que ejercieron los exiliados españoles en Argentina.

La profesora Elena Sánchez de Madariaga, especialista en el exilio republicano y, en concreto, en el Vassar College de Nueva York, nos ofrece un retrato del cineasta Néstor Almendros a partir de las cartas de Pilar de Madariaga. Este epistolario constituye un amplio campo de estudio para comprender en profundidad los diferentes exilios por los que pasó Almendros y, sobre todo, para dilucidar cómo fue esa red de exiliados españoles en las universidades estadounidenses.

Uno de los mejores correspondientes del siglo xx –sin contar al prodigio epistolar de Jorge Guillén– fue Camilo José Cela, autor –o, mejor dicho, *poeta*, siguiendo la palabra que utiliza la investigadora– al que dedica su artículo Arantxa Fuentes Ríos, de la Universidad de Santiago de Compostela. En concreto, Fuentes Ríos nos habla de las cartas del escritor gallego con Carlos Bousoño, en las que destacan las reflexiones metaliterarias a raíz de la colaboración de este último en *Papeles de Son Armadans*; las cartas con José Agustín Goytisolo sobre la *Antología poética de los oficios del motor*, que Goytisolo creó siguiendo la estela de Cela; y el epistolario con Concha Lagos donde queda patente la admiración y el cariño que se tenían los dos escritores, así como su amplia colaboración literaria.

A este artículo le siguen las dos contribuciones de los editores del volumen. El primero, escrito por el profesor Santiago López Ríos, versa sobre la correspondencia entre Américo Castro y Miguel Delibes. Se trata de un número de cartas reducido, pero verdaderamente revelador. López-Ríos explica e interpreta esta correspondencia apoyándose en las novelas de Delibes, de las que rescata párrafos que permiten al lector constatar la implicación personal y la calidad literaria de estas cartas. Importantísimas son las revelaciones que aporta López-Ríos al poner a dialogar el pensamiento religioso de Castro y Delibes, así como el de José Jiménez Lozano; una investigación que habría sido difícilmente llevada a cabo sin el estudio de este epistolario. Por su parte, José Teruel, junto con María Vittoria Calvi, que presenta su artículo inmediatamente después del ensayo del editor, se proponen acercarse a la escritora Carmen Martín Gaité a partir de sus cartas. Más allá de las muestras epistolares que en los referidos artículos se comentan –en el de Teruel se habla del epistolario general y en el de Calvi solo de las del proyecto *El Interlocutor Exprés*– las contribuciones de Teruel y Calvi destacan por su gran armamento crítico y filológico en torno al sentido de la *carta*, lo

que hace de estos artículos un aportación valiosa al mundo de la epistolografía, y que encuentra en la figura de Martín Gaité un lugar propicio para el desarrollo de estas reflexiones por el carácter autobiográfico de su obra.

Los dos últimos artículos, escritos por los investigadores José Luis Gómez Toré y Álvaro Díaz Ventas, están dedicados a la correspondencia de María Zambrano y José-Miguel Ullán, y a la de Carlos Blanco Aguinaga y Rafael Chirbes, respectivamente. Del primero hay que destacar el gran conocimiento del autor de la filosofía zambraniana, que trata con justicia y objetividad, y que va explicando a medida que van apareciendo en las cartas conceptos que el investigador liga con su pensamiento poético. Díaz Ventas, por su parte, nos adentra en las afinidades entre Aguinaga y Chirbes en lo político y en lo personal, y da a conocer una larga y fructífera amistad que rebasó los límites de lo literario.

Decíamos al principio que el estudio de las cartas nos acerca a ese antiguo investigador desinteresado del que cada vez estamos más lejos. Tras la lectura de *El valor de las cartas en el tiempo*, podemos afirmar que todavía hay formas de implicarse emocionalmente en la filología, y que los epistolarios son un soplo de aire fresco, no solo necesario para entender nuestro siglo pasado, sino también para escapar por unos momentos «hacia los soles de aquellos minutos remotos», como diría Dámaso Alonso.

Carla María Juárez Pinto
Universitat de València